

Cordelia

Volumen 1

Febrero=Marzo, 1913

Números 6-7

Publicación mensual
dedicada á la mujer costarricense.

Director,
José=Fabio Garnier

CUANDO a fines del año antepasado apareció en el mundo literario español el nombre de Concha Espina de la Serna, formóse una gran oleada de curiosidad no exenta de simpatía, pues aunque desconocida, sabíase de la autora de *La niña de Luzmel* y de *Despertar para morir*, que era una mujer joven, hermosa y distinguida, hija de aquella tierra bendita de Asturias, que diera a las letras españolas la gloria de un José María de Pereda.

Mucho se buscó en los salones y círculos literarios de la corte, la dulce y gentil figura de la dama montañesa, que de golpe y porrazo triunfaba entre los más eminentes novelistas de la Biblioteca Renacimiento. Pero Concha Espina, cuyo nombre sonaba con elogio, no ya en España toda, desde las costas mediterráneas a las verdes fronteras lusitanas, de las playas cantábricas a las de Andalucía, sino en tierras americanas también donde residió un día, Concha Espina se daba a conocer: que aquella mujer-flor, cual la violeta, ocultábase en el hogar de la familia, sin que su existencia se revelara en otra cosa que en el perfume de un alma exquisita y de un espíritu luminoso, cristalizados en las bellas páginas de sus libros.



CONCHA ESPINA DE LA SERNA

En verano, en sus playas nativas de la Montaña, y en invierno en su casita llena de sol de una ancha calle madrileña, Concha, desde las primeras luces de la aurora hasta muy entrada la noche, trabaja siempre, sin reposo, cuidando a la vez de su hogar alegrado por la sonrisa de dos encantadores pequeñuelos, mientras que al otro lado de los mares, el esposo y el hijo mayor elaboran las bases de una fortuna nueva, sobre esperanzas halagüeñas y firmes voluntades.

Concha Espina de la Serna es oriunda de Santillana del Mar, la vieja villa asturiana, de la que dice Ricardo León en su admirable *Casta de hidalgos*, que aparece en el fondo de un valle como un maravilloso caserío de oro o ámbar, con sus piedras carcomidas y empañadas por el tiempo.

En Santander, donde se educó como la generalidad de las hijas de familia españolas, muy religiosamente ante todo, empezó, cuando niña, a hacer versos a la Virgen y a su madre. «De esos versos, dice la distinguida escritora, que se hacen solos sin saber retórica ni gramática casi».

De carácter sufrido y reservado, Concha Espina, casada muy niña, desgraciada y ausente de España, siguió haciendo versos a sus hijos y a su patria, hasta que nuevos embates de la suerte no presentidos por su nacimiento ni por sus cualidades, la llevaron a ser periodista, contra sus aficiones. Un poeta español, director del *Correo Español* de Buenos Aires, le ofreció colaboración en su periódico, al regresar de Chile a España.

«Ni yo misma sé cómo me atreví a tanto, dice la simpática y ya ilustre es-

critora. Escribí y acerté porque Dios quiso, puesto que no estaba yo preparada para tanto, ni sabía más de lo que se enseña en colegios de provincias a una señorita burguesa. Pero mis escritos se aceptaron con mucha simpatía, pronto tuve lectores devotos y pedido de nuevos trabajos. Luego, suelta la pluma y perdido el miedo, animada por el aplauso benévolo del público, empujada siempre por el destino, y habiendo leído muchas cosas graves y profundas en el gran libro de la vida, escribí novelas».

En 1909, llegó Concha Espina de la Serna a Madrid con su primera obra: *La niña de Luzmela*, hermosas páginas de costumbres santanderinas, de las que un célebre crítico dijo: *Es un libro triste y profundo como un paisaje montañoso, todo él vibra de un realismo a la española, cubierto de una niebla sentimental. En él, la autora se nos presenta como una novelista original y fuerte, de espíritu noble y castizo, de viva fantasía y delicadeza exquisita, tanto como de admirable estilo, cualidades éstas que han de merecerle muy pronto un sitio de honor en las letras españolas.*

El eminente crítico fué profeta, ya que al año siguiente la Biblioteca Renacimiento, donde suenan nombres como los de Benavente, Martínez Sierra, Ricardo León, Emilia Pardo Bazán, Joaquín Belda, Manuel Bueno, Sawa, Trigo, Unamuno, Villaespesa, Zamacois, López de Haro y otros, abría para Concha Espina con su hermosísima novela *Despertar para morir*.

CARMEN KARR

Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; toda suscripción empieza con el primer número. El suscriptor que consiga dos nuevos suscriptores recibirá de regalo una obra nacional. Dirigirse, para todo lo concerniente a suscripciones, al Director, en Heredia.

Más allá del misterio

«Je crois que le mariage est un grand jeu de patience—dice Carmen Sylva—: il y a des centaines de petites pièces, et quand il y en a une qui ne va pas, on peut se torturer l'âme pendant des années, le tableau ne vient pas, quoique il paraisse si simple quand' il est fini».

Efectivamente, a veces es un nada lo que altera la armonía de las almas; una convicción sobre la cual no se quiere transigir; un gusto que no se quiere sacrificar; un prejuicio; una obstinación, un defecto de carácter; un punto solo, pero un punto negro que puede agrandarse, convertirse en una mancha y enturbiar todo el horizonte conyugal.

A vosotras os toca, señoras; toca a las esposas vigilar escrupulosamente para que la armonía de las almas no se pierda; vigilar para que los centenares y centenares de piecitas del gran juego de paciencia concuerden para formar el cuadro perfecto. La mujer tiene la intuición más fina, a ella le corresponde evitar el peligro y alejarlo: no quiero decir con esto que por respetar la concordia doméstica deba la mujer sacrificar sin más ni más sus opiniones, sus gustos, y convertirse en una cosa inanimada, una esclava sin voluntad: quisiera recomendarle, sin embargo, que al defender sus ideas y sus costumbres, evite los choques que irritan, la divergencia más tenue, las palabras imprudentes que pueden causar un abismo infranqueable aun entre dos personas que se adoran, usar, en fin, a profusión, en las

cuestiones más importantes como en las más leves, de aquella diplomacia femenina, de aquel tacto del cual parece que la naturaleza nos haya provisto en abundancia, precisamente porque son elementos útiles y necesarios para nuestra vida moral. Todas las mujeres debieran ser un poco psicólogas; pero por desgracia, entre tantas cosas que se enseña a las niñas, no se enseña a estudiar e interpretar la variedad de temperamentos. Hemos visto que el tiempo del noviazgo, por la superficialidad de las noticias, es insuficiente para conocerse bien; es preciso, pues, que la joven esposa se dedique a esta ciencia esencial para la felicidad del mañana de sus bodas. Si ama con ternura, el amor facilitará su cometido: si es solamente afeción tranquila la que le liga a su compañero, la calma de su espíritu puede ayudarla en la provechosa indagación. El alma viril se revela fácilmente con sus luces y sus sombras entre las paredes de la casa, y la que ama, la que quiere ser amada, no tiene más que concordar con ella.

Se ve tantas veces una pareja de esposos de igual carácter que son infelices por falta de recíproco conocimiento intelectual y moral; y muchas veces, al contrario, dos esposos de índole opuesta fueron felices porque supieron regularse compensándose mutuamente. Cierto que esta obra de concordia no está exenta de sacrificios por nuestra parte, pero la vida femenina está toda tramada sobre esta idealidad severa y gloriosa. Sin embargo, la

armonía será bastante más fácil si las inteligencias del hombre y de la mujer destinados a vivir juntos pueden equivalerse.

Dos esposos pueden amarse y tener los mismos gustos, pero si hay demasiada disparidad de inteligencia y de cultura, les será negada la más grande felicidad de una unión de almas, y se encontrarán siempre en desacuerdo en la educación de los hijos, en las opiniones, y en todas las graves decisiones que haya que tomar en su vida común. La mejor educación de la mujer moderna, la instrucción más completa, el desarrollo más amplio de su individualidad moral, pueden contribuir, ciertamente, bastante a la armonía conyugal, al cumplimiento de la misión mujeril, de gracia, de consuelo, de ternura alta y buena. Cualquiera que sea la obra que fatigue a su compañero: obra de ingenio, obra de meditación, obra de actividad material o responsabilidad, esté cerca de él como un ángel, como una hada; sea su inspiración, su reposo, su premio, su fe. A la mujer de nuestros tiempos, bien segura de su potencia espiritual, está reservada la misión de restituir a la institución del matrimonio, rebajada y envilecida por la concupiscencia y por la ligereza, su nobleza suave y fuerte, su superioridad sobre toda otra alianza, de modo que no hagan falta precauciones contra su indisolubilidad. Yo quisiera poder citar aquí, si tuviese espacio para ello, el vivo ejemplo de muchas parejas amantes-esposos cuya vida no fué más que una eterna luna de miel, precisamente porque quisieron y supieron interpretarse y comprenderse: Roberto y Elisa Browning, Julio y Adela Michelet, Tomás y Juana Carlyle, y en nues-

tros días Rosana Rostand, que unida al célebre autor de *Cyrano de Bergerac*, nos da una consoladora prueba de que el amor y la armonía conyugales no son un sueño.

* * *

Pero hay otro medio para que dure el amor, para que la poesía y la dulzura de la luna de miel se prolonguen hasta el límite de la vida. Y aunque es un argumento que toca a ambos esposos, quiero dirigirme particularmente a la mujer, puesto que, tratándose de estética y de miramientos, debe ser ella la primera en dar buen ejemplo observando en la intimidad aquellos cuidados de la persona, aquellos graciosos modales, aquella cortesía de palabra que usaba en el primer período del noviazgo y en los primeros días del matrimonio, y que después, muchas, muchas veces reservaba sólo para los extraños. El amor nace de un pequeño origen, pero muere también por una pequeña causa; no es, pues, ninguna tontería observar que la negligencia en las costumbres, a la cual se entregan ciertas esposas pasados los primeros meses, puede determinar en el marido un disgusto, al principio leve, que fácilmente degenera en enfriamiento y le aleja, atrayéndole al mismo tiempo hacia la que encuentra entonces graciosa y seductora. Es necesario que su mujer se proponga no perder ninguna confrontación: tener alto su propio prestigio físico como su propio prestigio moral. Si es bella continúe haciendo atención de sí, como cuando buscaba cada día un nuevo medio de acrecentar su belleza y gustar más al enamorado; si es solamente simpática, continúe escogien-

do el acomodamiento y los modales que ponen en mejor evidencia su tipo y procure embellecerse con la gracia, el espíritu o la suavidad, según su carácter. Sea también elegante en el vestir, puesto que la elegancia no es la pompa, sino la armonía de las tintas, la sencillez, el cuidado de los detalles: sobre todo ha de ser limpia en la persona y en la indumentaria. Parece imposible, muchas señoras que por la calle semejan figurines de moda, se permiten después llevar en la intimidad ciertos vestidos, ciertos cuellos, ciertos delantales, que podrían dar una eficaz, pero triste idea de su sentido de orden y limpieza, y explicarían el disgusto de sus maridos, o justificarían el abandono de los vestidos y de la persona. Una señora casada tiene doblemente obligación de estar limpia, ya que no por respeto a sí misma, por respeto a su compañero y a su vida común. Baños, abundantes lavados, nitidez en la ropa blanca, cui-

dados minuciosos en todos los detalles de la toilette íntima; sencilla elegancia en los vestidos y en el tocado.

Tanto en la persona como en los modales. Así el esposo conservará siempre algo del novio a quien se desea aparecer querida y agradable. Nada más poético y más dulce que ver continuar entre el marido y la mujer desde tiempos antiguos aquellas atenciones, aquellas cortesías, aquellos actos de urbanidad, aquellas minuciosas y tiernas demostraciones de afecto, que embellecen el primer período de una vida conyugal. Y la casa, el nido, será siempre, por obra de la mujer, la concordia, la serenidad, la frescura inalterable de los corazones.

Escuchad de qué modo tan delicado y conmovedor la señora de Rostand, a quien os citaba antes como modelo de esposa, expresa el propósito de conservar intacto su precioso tesoro de amor a través de la fuga de los años y de las injurias del tiempo:

Et de cher amour qui passe comme un rêve
 Je veux tout conserver dans le fond de mon cœur;
 Retenir, s'il se peut, l'impression trop brève,
 Pour la ressavouer plus tard avec lenteur.
 J'enfouis ce qui vient de lui comme un avare,
 Thésaurisant avec ardeur pour mes vieux jours,
 Je serai riche, alors, d'une richesse rare:
 J'aurai gardé tout l'or de mes jeunes amours
 Ainsi de ce passé de bonheur qui s'achève,
 Ma mémoire parfois me rendra la douceur;
 Et de cher amour qui passe comme un rêve
 J'aurait tout conservé dans le fond de mon cœur.

*
 * * *

Todo lo que es demasiado bello, lo que está sobre la tranquila monotonía de la vida, pasa pronto: así pasa también el dichoso período de la luna de miel.—*Il n'y a pas de*

vie heureuse, dice Andres Theuriet, *il y a seulement des jours heureux*.— Y sucede que las esposas sorprenden en el marido al cabo de tres semanas un poco de distracción, un

poco de languidez, un poco de aburrimiento; le ven tal vez bostezar, mirar al reloj: oyen sus aspiraciones hacia una vida más ocupada, más regular, más tranquila, hasta que—siempre es él el primero—el día menos pensado pronuncia la frase solemne: «Si se volviese a su casa».

Volver a su casa quiere decir bajar del séptimo cielo, volver a tomar la existencia en un punto nuevo, sí, pero entre los otros mortales, prosaicamente: quiere decir, no estar más juntos a todas las horas solamente para amarse y para gozar de la felicidad de ser joven y de admirar los dos a un tiempo la belleza de la creación y del arte; quiere decir, en suma, despertar de un sueño...

Para la mayor parte de las nuevas esposas que absortas en un egoísmo de sibarita se ilusionaban poder cumplir con besos e ineptias la existencia, la puesta de la luna de miel es dolorosa y equivale a un desengaño. Se quejan de que el esposo ha cambiado, lamentan los días transcurridos, se creen víctimas, criaturas infelices. Y la iniciación de la verdadera vida conyugal—puesto que en la luna de miel se es más amantes que esposos—tiene siempre lugar entre la desanimación y la melancolía y amenudo las recriminaciones y las lágrimas por una parte; la impaciencia, las palabras bruscas y amargas por la otra; tendrían tanta necesidad, por ambos lados, de calma fuerte y serena, de plena y entera concordia para preparar sobre sólidas bases el edificio del porvenir común!

Aquí la mujer lo puede todo. Porque ella sola es la ilusa; procure imitar a su compañero que vuelve voluntario, después de los

dulcísimos paréntesis, a la realidad del vivir, a las ocupaciones, a la regla. No retroceda ante el deber que le espera, ante las responsabilidades gravosas para su juventud, ante lo ignorado que se comienza después de la breve tregua florida. El amor, que ya le hizo cumplir el holocausto de sí misma, debe ahora refundirse en ella bajo otra forma: debe convertirse en acción, consuelo, alivio, premio. La luna de miel se oculta, pero el oriente ríe con una rosada luz de aurora que promete un día fecundo en obras y en bienes.

* * *

Muchísimas veces, preciso es confesarlo, el fantasma que espanta más a la esposa y le amarga el pensamiento de la vuelta a la vida de familia, está constituido por la persona a quien ella debía precisamente, después del marido, la mayor devoción afectuosa; es ésta: la suegra. Antes y después de la boda, la suegra, en la mayor parte de los casos, es la espina entre las rosas, el amargo entre el dulce, la prosa entre la poesía. La esposa ve en ella, instintivamente, la enemiga, la opositora, la rival en el corazón del amado. Supone que la madre ha alejado o contrastado cuanto ha podido, el cumplimiento de los votos de amor, por celos, por egoísmo materno, por descontento. Ahora se ha detenido, ha bajado la cabeza, pero de mala gana, alimentando en secreto un resentimiento, un espíritu crítico de observación y de reproche a cargo de la nuera; y no pierde la ocasión para seducir al hijo contra ella y colocarla en mala situación para enajenar el ánimo del esposo. Es, pues, una especie

de genio maléfico en la nueva familia, y la joven esposa piensa con envidia en aquellas de sus amigas que no tienen una suegra al lado.

Desgraciadamente este concepto es verdadero en muchos casos, pero no en todos, como la esposa se complace en creer. La suegra no es siempre una enemiga, no es siempre una destructora de la felicidad conyugal. Hay laudables excepciones y es preciso convenir, en honor de nuestros tiempos, en que estas excepciones van convirtiéndose en regla con el progreso del modernismo en la educación y en el pensamiento femenino. Hoy la suegra—tipo que desprecia a la nuera, que la vigila maliciosamente y la contradice a propósito—es como un triste y cómico resto de la vida de provincias: las suegras contemporáneas, son tan prudentes, corteses, mundanas, elegantes, como la nuera: viven y dejan vivir, si su naturaleza no las lleva a ser expansivas, tiernas, maternas. De todos modos, la advenediza debe libremente dejar en el umbral de la casa que la acoge, toda desconfianza, y echarse con sencillo corazón filial en los brazos que están abiertos para recibirla. Piense que ningún hielo, ninguna mala prevención, ningún celo puede reinar contra la sincera expresión de la bondad, del afecto de una juventud que viene a pedir protección, consejo, defensa. Piense que la suegra antes de serlo ha sido madre y que aquel hijo no puede ser ya completamente suyo, que se ha sacrificado a ella y que ella debe demostrarle que comprende y reconoce el valor del don recibido. Dígale inmediatamente alguna de esas palabras que no se olvidan jamás, muéstresele tierna y feliz: no le oculte la grandeza de su amor

conyugal, trate de identificar en cierto modo la personalidad del marido con la de la madre que le alimentó, que le formó para ella con su carne y con sus pensamientos, con sus lágrimas y con sus sacrificios. Ahora él es un hombre, pero esta mujer, vieja o madura, le tuvo en sus brazos cuando era niño, le cuidó cuando estaba débil y enfermo, le vio crecer, le acompañó hasta los límites de la virilidad, y ahora que podía recibir la recompensa de sus atenciones, de sus fatigas, se aparta para dejar el paso á ella, que se presenta coronada con las rosas del amor y de la juventud, y desaparece tácitamente en la sombra por la cuesta descendiente de la vida que hace todavía más grave su soledad. Por eso, la nuera debe tener piedad de ella, quererla bien, endulzarle el último supremo sacrificio de la maternidad. Llegará un día en que también ella tendrá hijos, y el ala del tiempo dejará señas sobre su cara y será suegra a su vez: obre, pues, con la madre de su marido como quisiera se obre en el futuro con ella. Al conducirse así obedecerá a un precepto cristiano, cumpliendo al mismo tiempo el más santo de los deberes.

Si el afecto, viene espontáneamente, mejor; siga su impulso y haga todo lo que pueda por alimentarlo y conservarlo: si no es espontáneo procure salvar todas las apariencias y provoque el sentimiento con todos los medios de la reflexión y de la abnegación virtuosa. Su buena voluntad tendrá seguramente resultados óptimos, pues acabará por conseguir con facilidad lo que le parecía imposible: y el efecto será verdadero, aumentando la serenidad de su conciencia y reforzando los dulces vínculos que le unen al

esposo, el cual le amará cien veces más por la devoción y por la bondad profesadas a su madre.

La esposa deberá, pues, procurar no faltar en nada con la suegra: dedique a ella la primera carta después de partir para el viaje de boda, para ella el más bonito regalo al regreso, la primera visita, en fin, la más agradable demostración de delicadeza expansiva. Se trata, en suma, de hacer una conquista, y la señora deberá dedicarse a ello con todo su tacto, toda su habilidad femenina, toda la paciencia de que es capaz.

«La mujer se convertirá en una fuerza, escribe de Gubernatis, el día en que la niña se persuade de que si el hombre es un trabajador, la mujer es una misionera, y que en las complicaciones de la vida moderna, necesita saber mucho, aunque sea para convertirse en una hermana de la caridad».

* * *

Si bien en nuestros días se tiende a la disgregación de la familia y la familia patriarcal es cada vez más rara, todavía es bastante frecuente el caso en que la nueva esposa entra, provisionalmente o estable, en la familia del marido, de la cual debe tomar las costumbres, las amistades y el grado social. Es ésta la prueba más grande a que está sometido su amor, puesto que es casi imposible que en una familia compuesta de muchos individuos no haya uno que disguste por su índole, por sus gustos, por su comportamiento, por sus opiniones. También con los otros debe tener la esposa aquella deferencia que debe a los suegros, puesto que son más fáciles entonces las discordias, los

ataques, las porfías. Pero no es casi nunca con los varones con quienes la esposa se pone fácilmente en desacuerdo, por un sentimiento de caballeridad que disculpa las ofensas o porque la vida viril, completamente diversa de la suya, evita las ocasiones. Generalmente el suegro ama paternalmente a la esposa, que le corresponde con un afecto filial: los cuñados son para ella como hermanos, bromistas, cordiales. El mal viene del gineceo: después de la suegra, las cuñadas... ¡Oh! las cuñadas son como los satélites de la suegra: agravan todas las circunstancias, multiplican las penas. Tal vez la suegra sería dulce, tolerante y tolerable, pero las otras esposas o las hijas, le soplan en los oídos, le exasperan: hacen el oficio de las picas y de la muleta ante el toro. La casa se convierte en un infierno: lamentos aquí, recriminaciones allá, despechos, prepotencias, murmuraciones, pequeñas venganzas, ironías... no hay educación ni modernismo que los detenga. Hasta la separación, que equivale a la ruptura, no hay esperanza de paz. Y aquí el que más pierde y sufre es el marido, colocado entre las corrientes opuestas de sus afectos más profundos: el marido, aunque tenga la generosidad de no decirlo, no puede menos de pensar que ha entrado en su casa la discordia apenas su compañera ha puesto en ella su gracioso piecicito. Es, pues, una grave amenaza para la felicidad conyugal, para el porvenir del amor.

En consideración a esto, la señora debe contribuir con todas las energías de su espíritu y de su corazón a mantener la calma y la armonía. Una palabra dicha a tiempo en un momento difícil, una broma pacifi-

cadora, el valor de un noble reconocimiento de error, de una franca excusa, de una delicada tolerancia, pueden ser la salvación, pueden sofozar en germen la planta venenosa de la discordia de frutos mortales. «*L'amour véritable*—dice Federico Amiel—*est celui qui ennoblit la personne, qui fortifie le coeur et qui*

sanctifie l'existence». Con su conducta virtuosa, con las más delicadas manifestaciones de elevación de ánimo, la nueva esposa dará la prueba máxima de la verdad y de la grandeza de su amor.

MARÍA PLATTIS

Celos

La adoras, sí, lo leo en tu mirada,
Con tus noches de insomnio lo confiesas,
Y quizás, mientras duerme confiada,
Tú en tus sueños la abrazas y la besas.

Yo creí que mi amor era en tu pecho
Como tú lo juraste, el soberano,
Reinando sólo allí, como en su lecho
De nácar y coral el Oceano.

Y cuando ya orgullosa me sentía,
Temblando de placer con mi victoria,
Dices que el labio, a tu pesar, mentía,
Pues tengo una rival... amas la Gloria!

Me engañan tús halagos mentirosos,
Pues prefieres arder en otra llama,
Y al beso de mis labios ardorosos
El eco de la trompa de la Fama.

Y qué es la Gloria? El bronce modelado,
El eterno laurel sobre la frente,
El eco de algún nombre pronunciado
Un minuto por todo un continente;

Hipocresía a veces, siempre orgullo;
Voces que cantan, labios que enamoran,
Aplausos que semejan un arrullo,
Y muchos ojos que de envidia lloran.

Mas cuando veas que tu triunfo viene
Y lo que llamas Gloria es el vacío,
Como nada en el mundo te detiene,
Podrás ya ser eternamente mío.

Y en el hermoso libro de tu historia,
Por jornal de virtud, pasado un año,
Donde debieras escribir: *la Gloria*,
Escribirás con sangre: *el Desengaño!*

Traerás el corazón adolorido
Y hasta muerto quizás; mas es lo cierto
Que entre vivo y con otro compartido,
Y muerto para mí, lo quiero muerto.

Ama la Gloria, pues! Ve hasta la altura;
sube, como el condor, hasta los cielos
En tanto que yo apure mi amargura
Amándote y muriéndome de celos.

Aquí abajo te espero! Aquí hace frío,
Aquí todo entusiasmo ya ha acabado...
Yo aguardaré para llamarte mío
A que tú te apellides desgraciado!

MERCEDES ALVAREZ DE FLORES *

* Poetisa colombiana.

Un vencido

Máximo Quirós a los cuarenta y un años, con mucho talento, una gran fortuna y todas las condiciones de hombre superior y dirigente, no era más que el hombre rico, simpático, querido de sus amigos.

Llegado al mundo después de tres hijas mujeres—Micaela, Carmen y Dolores—fué recibido en la casa como príncipe heredero en una corte sin delfín.

La madre, mucho más joven y rica que su marido, sentía por éste una pasión admirativa de la que participaban sus tres hermanos y sus dos hermanas, riquísimas también, y para quienes el cuñado poseía una infabilidad papal.

Conociendo a don Ezequiel Quirós, se comprendía que ejerciera un ascendiente dominador, irresistible sobre todos los que lo rodeaban. Moreno, bigotes levantados, dejando a descubierto la boca sensual con dientes de lobo; cabellos tupidos cortados en cepillo y plantados sin sinuosidades sobre una frente angosta y lisa tirada a cordel, celda estrecha que encerraba la voluntad asmada a sus ojos penetrantes; alta estatura, cabeza erguida, voz sonora de metal sin hendiduras era una admirable figura violenta, soberbia y persuasiva. Todo energía y todo voluntad, nada ni nadie se le resistía; sus miradas, su voz, sus gestos, parecían tener manos invisibles para conducir a los demás por el camino que él quería.

La misma influencia ejerció en su hijo desde que éste pudo distinguir su hermosa arrogancia de las

figuras modestas y borradas de sus tíos, los hermanos de su madre, con quienes vivían. El niño aprendió a caminar antes que los otros niños, por los esfuerzos que hacían sus piernecitas para obedecerle cuando desde lejos, sin agacharse, estiraba aquél los brazos llamándolo: «¡Ven!» Habló más pronto para contestar a sus preguntas imperativas, y así, insensiblemente, le perteneció, le amó, le admiró como a un Dios.

Don Ezequiel, de familia patricia como los Maura, administraba y dirigía como ellos por tradición sus establecimientos de campo, pero mucho más inteligente y orgulloso no se permitía la ignorancia; sus lecturas habíanle dado, si no la instrucción, una información general que hacía su conversación agradable y amena.

Decidió que la ilustración del hijo tuviera la solidez y la profundidad que le faltaba a la suya y lo llevó hasta la erudición. Con el apasionamiento que empleaba en sus determinaciones, vigiló personalmente sus estudios; repasábase las lecciones y asistía a las clases que le daban, además de las del colegio, maestros en la casa. En las vacaciones llevábalo a la estancia, donde aprendía a domar un potro, a atravesar un río a nado...

«Actuarás en la época de las iniciativas individuales; quiero que seas un hombre» le había dicho. Y modelaba ese hombre.

Lo adoraba; pero si la claridad de inteligencia, el desarrollo intelectual asombroso, la docilidad del niño no hubiesen existido y hubie-

ra sido necesario forzarlo, habríalo hecho firmemente, pues a ese carácter inexpugnable no lo tomaban por asalto ni los afectos, ni el interés, ni las pasiones.

Quería en él al continuador de un sí mismo perfeccionado, y para ello trataba de imprimirle su propia modalidad—energía, decisión, tenacidad, vigor, fortaleza—y de destruir toda huella de la índole materna en la que había inclinaciones al decaimiento, a la negligencia, al pesimismo, las cuales solían aparecer tímidamente alguna vez en la del hijo.

La madre murió antes de cumplir el niño dos años. Sus hermanos, que pertenecían a esa clase de celibatarios mansos, de cerebro lento y corazón sensible de poca capacidad, que rebosa con un solo afecto, adoptaron al sobrino, quien encontró en ellos cinco padres dóciles y solícitos. Solamente la hermana mayor era casada y sin sucesión: a él, pues, iban las fortunas acumuladas por muchas generaciones de económicos y conservadores. Tácitamente se establecía así en Máximo un mayorazgo, y desde entonces en Buenos Aires descontábase sus millones en el porvenir. Ya no hubo niña de seis a ocho años, que a la impropia pregunta de: «quién es tu novio, nena?» no contestara infaliblemente: «Maximito Quirós».

Máximo había respondido a los anhelos de su padre. Terminaba los estudios después de exámenes brillantes como de muchacho pobre. Era una de esas naturalezas sanas, abiertas, nobles, llenas de ideas generosas, de ensueños, de ideal, de todo eso tan lindo de los veinte años, para las que hay palabras mágicas que hacen vibrar—Patria, Humanidad, Arte, Amor, Grecia,

Roma, San Martín, los Andes—Uno de esos pocos hombres jóvenes en su juventud, que pueden decir más tarde que sintieron alguna vez bullir en sí las fuentes de la vida.

Entonces escribió páginas y pronunció arengas que lo hicieron popular entre sus compañeros.

Una helada prematura marchitó esta planta en flor; una pérdida irreparable secó su savia.

Imbuído en sus estudios de estética y en sus lecturas clásicas; soñando con las diosas de Homero y las estatuas de Fidias, no tenía otra idea de belleza, todavía, que el tipo académico: corrección de la línea, perfección de la forma. Decirle entonces que una mujer podía ser linda con la frente más ancha, la nariz más larga ó más levantada que la Venus de Milo, habrfa sido hacerlo reir.

Como rasgo atávico de algún antepasado desconocido, encontró esta perfección en la hermana de un discípulo que vivía con su madre sosteniéndose con costuras del estado.

El joven se enamoró ciegamente, con uno de esos amores devotos, ardientes y fervorosos, en que «se sueña con las rosas, con la aurora, con las hebras de luz de su cabello...» La adoró romancesca y apasionadamente, y con tal pureza de intención que lo llevó a contárselo a su padre.

Este, sin mostrarse sorprendido ni opuesto, con su decisión rápida habitual, visitaba al día siguiente a la madre y a la hija. Detrás del perfil puro, del andar olímpico de aquella Musa, se arrastraba un alma vulgar. A los dos meses se casaba con un pariente, que instalaba su casa en un pie de confort, para lo cual no habrfa bastado su

modesto sueldo. Don Ezequiel habría hecho contribuir a cada uno de los tíos a la dote de la muchacha, asustados ante la amenaza de semejante unión para su sobrino.

Máximo no volvió a nombrarla, no quiso averiguar ni recriminar. Sintió el golpe de la traición, la amargura, la ponzoña de su primer desencanto, y calló... Su carácter se alteró, muchas de sus creencias se empañaron, insinuándose en él, ya, la duda; empezaban a abrirse aquellas huellas del pesimismo y del decaimiento que tanto afán por cubrir tuvo su padre. Pero éste estaba allí para tonificarlo, una vez que la violencia de la enfermedad pasara y llegara la convalecencia. Lo llevaría a viajar con él y sería el remedio infalible; remedio que no estaba en el viaje, sino en el viaje en su compañía.

Algo más fuerte que el fuerte don Ezequiel se opuso a ello: en tres días lo derrumbó la muerte.

El joven, idólatra de su padre, acostumbrado a su ascendiente impetuoso, sintióse después de las primeras desesperaciones quebrado en su mejor resorte, como si hubiesen abierto sus venas saliéndose por ellas todas sus energías, perdiendo así su vitalidad moral.

Sefuéa Europa y arrojóse en el placer. Lo compró en todas las formas, en todos los centros, en todos los precios. Solo le sirvió para convencerle de que ese placer anula por un momento toda pena, para devolverla flotando inflada, como las aguas de un río devuelven el cadáver del que acaban de ahogar.

Recorrió la tierra para estudiarla observando; esa observación destruyó la fe que aún le quedaba. Conoció después las horas muertas del hastío y del ocio en los grandes

centros cuando no queda un rincón en ellos por conocer.

Sin embargo, su inteligencia era demasiado potente, su alma demasiado indómita para quietarse sin agitaciones. De cuando en cuando sentía las tempestades de su alma, los esfuerzos que en su preñez hace el cerebro para dar a luz. Y tuvo una reacción, como un último hervor de su juventud.

Llegaba de sus viajes en momentos de efervescencia en la República, donde se debatían cuestiones trascendentales político-sociales. Entró en la lid, entró al Congreso.

Tres veces habló y quedó sentada su fama.

Relámpagos de sus tormentas internas cruzaron la sala.

Su palabra sobria, energética, flexible, irónica, incisiva, mordaz, suave, violenta; levantaba como un himno, sacudía como una tempestad, encendía como una chispa, flameaba como una espada, penetraba como un dardo, persuadía como una caricia, arrastraba como un torrente; se abría en el espacio elegante, majestuosa, aérea como las grandes alas de un pájaro de mar.

Figura antes que todo elocuente, su elocuencia estaba en el ardor profundo de su voz, en su nerviosidad varonil, en sus ojos luminosos que dejaban escapar el alma palpitante, en su boca, que parecía abrirse al soplo potente de su pensamiento; en su expresión, en sus ademanes, en sus gestos... Sus rasgos acentuados eran de aquellos que se graban en la memoria de las multitudes; poseía ese algo tan raro y tan inexplicable que marca a los conductores de hombres.

Enérgico y dominador con intermitencias, era de aquellos que cuando dicen ¡vamos! es ya caminando.

No avanzó, sin embargo. Encontraba aquí también la decepción en los amigos que sus triunfos convertían en rivales y buscaban la falla de su corazón. Su altivez y su nobleza no le permitían luchar con la mezquindad, y fué tan grande su repugnancia, que se alejó de nuevo.

Su escepticismo, proveniente hasta entonces, más que de todo, de su vacío moral, reforzado por reales decepciones, puso una lápida sobre sus facultades activas, e hizo del joven entusiasta el hombre indiferente. Llegó a ese límite del descreimiento en que vemos en todo la inutilidad de todo, planteándose ante nosotros la pregunta disolvente: Para qué?

Sus viejos tíos iban muriendo y él heredándolos. Esa fortuna fué el peso que le arrastró completamente, ya, al fondo de la duda y de la desconfianza. En ese espíritu tan alto se escurrió la raquílica aprensión del hombre rico que ve en cualquiera manifestación de afecto el reflejo de su fortuna: en el apretón de manos del amigo, en la sonrisa de la mujer, en la caricia del niño.

Tuvo aventuras ruidosas, idilios trágicos, amores simples, llegó hasta la ilusión del sentimiento, pero sólo a la ilusión; había perdido la hermosa facultad de amar.

No pudiendo reconciliarse con los hombres, quiso amar a la humanidad como una abstracción y dió a manos llenas para aliviar miserias anónimas o colectivas. Su pesimismo implacable señalábale las pocas criaturas que su oro iba a

beneficiar, para mostrarle, después, sonriendo irónico, los millones de seres que a pesar de todas las dádivas quedarán siempre sin alivio y sin pan.

No permitía la menor alusión a una posibilidad de matrimonio. «Si me engañaron a los veinte años, van a quererme a los cuarenta?» se decía.

Hizo apuntes para un libro que no escribió... Su dejadez, su indolencia, manchas de su carácter; sus desconfianzas y sus aprensiones, frutos de sus prematuros desengaños, sofocaron los arrebatos de su juventud, sofocaron los impulsos de su edad viril.

No luchó más; después de sus agitaciones sólo le quedaban la fatiga de sus dudas, el cansancio de sus ocios.

Y entonces este hombre, en la plenitud de la vida, de la salud, del talento, de la fortuna; solicitado, querido, envidiado como un triunfador, para quien las puertas de la existencia estaban abiertas de par en par cual las de una fiesta, pudo decirse con tanta sinceridad como el viejo cargador que pasa agobiado por su carga, vive en una pocilga y arrastra su miseria: «Soy un vencido de la vida».

EMMA DE LA BARRA DE LLANOS*

* Novelista argentina que firma sus escritos con el seudónimo *César Duayen*. Es autora de la preciosa novela *Stella* y del no menos interesante relato *Mecha Iturbe*. La página que publicamos pertenece a la primera obra citada, obra que recomendamos a nuestras lectoras.

Nieves eternas

No ves, al borde del camino un árbol,
que en su manto la nieve amortajó?
Tal vez le dió la primavera última
las flores que este invierno le quitó.

En el estéril campo de la vida
así sucede al pobre corazón;

la fe lo viste con las mismas flores
que le arranca después la decepción.

Hay una diferencia entre esos restos
que el invierno igualó:
para uno volverá la primavera,
ay, para el otro nó!

La vida es corta...

En nuestro ardiente y triste desvarío
no volvamos la vista hacia el pasado.
Quién puede dar calor al pecho frío,
ni volver a gozar lo que ha gozado?

Por qué te inquieta el porvenir sombrío?
Gocemos del presente, oh, mi adorado!
Cuando vengan las penas y el hastío,
quién habrá de saber si hemos llorado?

Confidencia

Sol misterioso que en la dulce gloria
de tu divino resplandor me bañas,
cuál es la mano mística y piadosa
que te encendió en el cielo de mi alma?

Quién, sobre la tiniebla pavorosa
que mi cobarde corazón llenaba,
tendió los rayos de tu lumbré pura
cual dos inmensas, compasivas alas?

Tras la noche de horror, larga y oscura,
en que moría mi razón turbada,
de qué voz al mandato, en mi sombrío
espíritu vertiste tu luz diáfana?

Qué secreto poder el pecho mío
anegó en la pureza de tu santa
serenidad, dulcísima y angusta,
oh, hermosa irradiación tranquila y blanca?

.....

—No de tu alma en el oscuro cielo
mística mano me encendió, ni baña
por su piedad, tu espíritu, mi lumbré
que te inunda de amor y de esperanza.

Sobre la sombra trágica que cubre
tu pobre corazón y lo acobarda,
nadie mis rayos fúlgidos hubiera
podido abrir como gigantes alas;

Ni hay voz tan dulce, persuasiva y tierna,
a cuyo acento obedeciera, y rauda
me hiciera iluminar tu pensamiento
endonde la razón agonizaba...

Si en ardorosa luz tu pecho anego,
y es mi dulzura y mi pureza tanta,
es porque soy el bienhechor reflejo
que en tí dejaron sus acerbas lágrimas.

DULCE MARIA BORRERO DE LUJÁN *

Mujeres ideales

Rebeca **

Rebeca, al llegar a la casa endonde Rosmer vive con su mujer Felicia, cree estar encargada de cumplir una misión: hacer dulces la vida material y la vida espiritual del dueño de la casa. En sus acciones ha habido siempre—como lo nota en una de sus frases el pastor Kroll, hermano de Felicia—algo grande, algo noble; en ella se adivina a una mujer capaz de sacrificar su juventud a un hombre. Y en verdad, antes de llegar a la casa de Rosmer, Rebeca dedicó sus hermosas horas de belleza y de ilusión a ser la enfermera de su padrino; más tarde lo fué también de la pobre Felicia quien siempre se sintió sola, mas aun cuando notó los efectos benéficos que, sobre su marido, ejercían la bondad y la alegría de Rebeca.

Y desde el momento en que la pobre Felicia, en un delirio de he-

roismo, supo hallar en sí misma las fuerzas necesarias para suprimirse, Rebeca fué la compañera más adicta de Rosmer ejerciendo en su espíritu la más generosa influencia, despertando en él ideas amplias, nobles, jóvenes; anulando los temores al juicio ajeno, temores que tantas iniciativas hacen vanas. A ella, como a todos los jóvenes le basta que la propia conciencia le haga saber que es inocente. Si los demás, envidiosos, gritan al culpable, es preciso dejarlos ladrar porque sin la murmuración, sin la acusa miedosa, las pobres almas que vegetan sin ideales no pueden vivir. Aun cuando en las charcas dejan oír sus orques-

* Poetisa cubana autora del encantador joyel titulado *Horas de mi vida*

** Tanto Rebeca como Felicia son personajes del drama de Enrique Ibsen: *Kosmersholm*.

tas las ranas, allá en lo alto de los pinos de la cercana colina los ruiseñores continúan su canto sin temer que las notas delicadas sean comentadas por las guturales frases de las hijas del pantano.

Y Rebeca aconseja esa indiferencia a Rosmer, le hace comprender que en este mundo no sólo la alegría ennoblece las almas sino también los dolores, siempre que el hombre tenga el valor de soportarlos con toda la energía que la fe en un ideal pone en los corazones altivos. Nadie es noble si su nobleza no ha sido conquistada, como un trofeo, en los campos de batalla en donde las almas dejan girones de la propia felicidad.

Rebeca no quiere que a su Rosmer alguien le trace el camino que debe seguir, no le permite dejarse dominar ni por los vivos ni por los muertos, le inculca de una manera delicada e indirecta la conciencia de las propias energías, haciendo de él un hombre vivo y no uno de esos seres sin ideas que bailan al son que les toquen y que, dejándose llevar por lo que piensan los demás, se convierten en fantoches ridículos.

Cuando Rosmer, agradecido, le propone hacerla su esposa, ella tiene una frase sola como respuesta.— No seré nunca tu esposa!

Por qué? Ella misma no lo sabe; por un sentimiento que se comprende en una mujer como ella, no quiere usurpar, ni aún después de muerta, el sitio de Felicia. Su sacrificio es completo; para los imbéciles que no pueden pensar, esas almas hermosas que todo lo sacrifican ante el deber, Rebeca es un ser ideal, una mujer que no ha existido, que no existe, que no existirá. Una tonta así es imposible hallarla. Y ufanos con su frase en la cual

creen fundir un tesoro de crítica superior, vuelven la vista al lodo y en él se revuelcan con lujurias indecibles.

Para esos renacuajos de la existencia, todas las mujeres de Ibsen, a quienes rinden pleito homenaje las inteligencias del mundo entero, son seres ilógicos, inhumanos porque no comprenden, en su indigencia espiritual, que los hombres que no viven encenegados en el vicio, juzgan a la humanidad capaz de sacrificios hondos y de heroísmos profundamente admirables.

Las mujeres ibsenianas son hijas de la humanidad de mañana, de una humanidad que hoy empieza a despojarse de esos egoísmos insensatos que hacen que cada ignorante se crea un dios y que transforman a un vicioso cualquiera en un crítico de las acciones ajenas.

El sacrificio de Rebeca es un sacrificio hondo y, por eso mismo, bello; es un acto cuya hermosa trascendencia saben comprender solamente los hombres de buena voluntad, los que no llevan, en las espaldas, la carga deshonorosa de muchas mezquindades y de muchas envidias.

Esas mezquindades y esas envidias se alzaron también contra Rosmer cuando, porque se atrevió a preconizar la bondad de las ideas nuevas, se echaron encima de él diciéndole que había hecho morir a su esposa Felicia porque deseaba ser libre, porque ansiaba unirse a Rebeca.

Y esas murmuraciones habrían echado por tierra la energía de Rosmer, si Rebeca no le hubiese acompañado en la hora dolorosa y no le hubiera dicho, con voz angélica, que en el combate vence quien hace uso de todas las fuerzas de que dispone.

Pero como eso no basta, como la idea de la muerte extraña de Felicia se infiltra en la mente de Rosmer despertando tristezas que lo aniquilan, Rebeca, para quitarle aquella idea, se acusa de haber sido ella quien, poco a poco, había ido resucitando en Felicia el ansia de la otra vida.

Y Rosmer, débil al fin, la cree y cree también en la propia fuerza de persuasión, pues Rebeca le dice que a su lado su alma abyecta ha podido ennoblecerse porque los hombres y las mujeres, cuando se ven dominados por el amor y por la abnegación, pueden mejorar.

Y él, siempre incrédulo, le pide una prueba evidente de su amor, de su abnegación, le dice que para creer en ella y para creer en él mismo y en las probabilidades del futuro triunfo, necesita verla recorrer el mismo camino que recorrió Felicia, es decir, la pide el sacrificio de la propia vida.

Y Rebeca, para quien no han sido dolorosos otros sacrificios, antes de dar su vida en holocausto, pregunta:

—Rosmer, si yo tuviera el valor de hacerlo, volvería a tí la fé en tu empresa, la certidumbre de que está en tus manos el ennoblecer el alma de los hombres, volverías a creer que la humanidad no es insensible a cuánto es bello, grande y noble?

Al escuchar una respuesta afirmativa, ella decide suicidarse porque espera que su sacrificio será la génesis de muchas bellas acciones que llevará a efecto su amado.

Pero, por desgracia, Rosmer es un hombre de poco valor; sus energías son debilidades, necesita, para obrar, el sentirse instrumento en manos ajenas y por eso, por esa ausencia de personalidad se suicida también él, pues piensa que sin Rebeca quedará solo en el mundo y en el mundo hay muchos, pero muchos imbéciles a quienes él tiene miedo.

Felicia

El amor, el verdadero amor no es egoísta; al contrario, hay en él una ausencia completa de egoísmo. El amor, el amor verdadero, no esa comedia indigna que a todas horas representa el hombre sin ideales, se inclina, antes que todo, al cumplimiento del propio deber, renuncia a la dicha si la dicha es algo que más tarde deba causar la infelicidad del ser amado.

No es amor ese egoísmo exagerado que pide pruebas constantes para ser apreciado, que exige diariamente pequeños sacrificios, que impone,

cada mañana, un capricho nuevo y que destruye, cada tarde, una nueva ilusión.

Quienes así conciben el amor son gente que nunca sabrá ser feliz porque la felicidad la hará depender de una pequeñez cualquiera, de un deseo expresado y no satisfecho, de una orden delicadamente pronunciada y no cumplida.

El que desee amar con verdadero amor debe saber sobreponerse al egoísmo; debe hacer centro de sus solicitudes no su propia persona sino la persona amada; debe colocar

por encima de todo, aun por encima de la dicha propia, la felicidad del ser querido.

Sólo así puede concebirse el amor. Dante Alighieri nos lo hace comprender, de esa manera, en su *Divina Comedia* y en la encantadora *Vida Nueva* que es como el prólogo perfumado de aquel grandioso poema.

Felicia, un personaje que se cita unas cuantas veces en el drama titulado *Rosmersholm*, entiende el amor en esa forma; para ella no es puerilidad el renunciar a ver realizados los sueños de ventura forjados en una hora de pasión. Ama a Rosmer con un amor sincero, lleno de delicadezas, saturado de ternuras. Ella desea serlo todo para él, despertar, en su marido, el mismo sentimiento que en ella supo hacer nacer aquel hombre.

Comprendiendo que sus fuerzas no pueden lograr lo que ansía, se dedica a sus quehaceres domésticos sintiéndose roída interiormente por la exacta comprensión de la propia incapacidad. Y esos pensamientos, repletos de dolorosa resignación, la enferman cada vez más, la obligan a encerrarse en la casa y la llevan a concebir antipatías raras como la que siente por el perfume y por el color de las flores.

Una tarde llega a su casa una mujer bella, de veintiocho años, llena de bondad y de cariño; la trata a ella con toda la ternura que necesita una enferma de la enfermedad que la aqueja. Rebeca es, para la desgraciada Felicia, una hermosa aparición que llega a hacer más dulces las horas del crepúsculo de su vida. Por eso la ama como a una hermana, más aún, como a una hija en quien se depositan las más bellas esperanzas.

El mismo efecto que produce en

Felicia, lo produce Rebeca en Rosmer; despierta en él las dormidas energías, refuerza los entusiasmos que se van apagando ya y hace, de él, un hombre a quien llegan a temer quienes no poseen la misma confianza en las fuerzas propias.

Felicia asiste a aquel despertar de su marido, comprende las bellezas que tiene aquella aurora, sabe descifrar las hermosas ideas que nacen ahora en el cerebro de su querido Rosmer y agradece en el alma a Rebeca aquella influencia rejuvenecedora.

Pero en ella misma encuentra el único obstáculo que se opone a que Rosmer sea completamente feliz; mientras ella viva, su marido tendrá que sentirse atado a la vida material con cadenas de pesados eslabones. Y Felicia desea para Rosmer la mayor felicidad, esa felicidad que se encuentra en las fatigas ideales, llevando a cabo ennoblecimientos inesperados en almas desesperanzadas. Para eso es preciso huir de esta vida, silenciosamente, dejando solo una estela de recuerdos perfumados; como lo logra la pobre Felicia, poco tiempo después, despertando con su muerte mucha piedad y muchísima admiración.

Felicia abandonó la vida, abandonó su amor para que su marido fuese feliz en compañía de Rebeca. Y ese sacrificio que hace sonreír a quienes viven en el fango de la mediocridad ambiente, encanta, entusiasmo a los que saben que ella es una de las heroínas de las luchas silenciosas, es una amazona que combate sola, sin la ayuda de nadie, sin otro consejero que la resignación.

Y su muerte, que parece una derrota, es una victoria, la más hermosa de las victorias alcanzadas por el amor sincero.—LA DIRECCIÓN.

Versos

*A un político polaco que distrae su tedio en la Duma,
recitando versos de Manuel Machado.*

Pues te gustan los versos de mi tierra distante,
Los de «la raza mora, vieja amiga del sol»,
Te traigo a mis poetas, y ellos van a cantarte
Consejas y aventuras del árabe español.

Pero no vienen solos los febriles y tiernos,
Sin voluntad ni amores, quejosos de existir;
Vas a oírlos a todos y vas a conocernos...
La vida vale siempre la pena de vivir.

Castilla va a decirte de su llanura ardiente
Un secreto de fuerza en su lento cantar,
Y el Cid, que al campo moro lleva fiero su gente,
Gritará: «Mi caballo va Castilla a ensanchar».

Y luego el Caballero de la triste figura,
Don Quijote, los campos, demente, al recorrer,
Te ofrecerá donaires que tienen la amargura
De todo lo que el hombre soñó, sin poseer.

Calderón va a decirte que su drama más hondo
Lo inspiró cierta dama vengativa y cruel...
Aquella dama blonda que al saber a su amado
Perjuro, toma amante para vengarse de él.

Mi Galicia te guarda su suave poesía,
Es la tierra callada del callado dolor,
Y sus hijos conocen esa lenta agonía
Que *morriña* se nombra y que es muerte de amor.

El trovador más grande que los siglos tuvieron,
Zorrilla, que en la Alhambra vió humilladas partir
A los árabes últimos, que su tierra perdieron,
Suspirar a Moraima y llorar a Boabdil,

Va a contarte el misterio de otra edad y otros hombres
Y el romántico hechizo del tiempo que pasó,
Y a evocar va mi raza con su gloria de nombres
«Que todo lo ha ganado y todo lo perdió».

Don Juan, la roja capa terciada airosamente,
La espada pronta, el labio pronto a herir y a besar,
Orgullosa y humilde, y en su gracia insolente,
Va a decirte: «En amores es el triunfo *no amar*».

Teresa, la inspirada, te hablará del esposo
Místico, en sus transportes, y San Juan de la Cruz,
De aquella «noche oscura» en el dulce reposo
La pasión va a cantarte con frases de quietud.

Y tus labios prudentes sentirán la frescura
De la sonrisa irónica oyendo a Campoamor;
Sus doloras palpitan con pagana hermosura,
Supo él mucho de amores, pero poco de amor.

Escéptico y amable, con su filosofía
La tuya no se aviene, pero debes oír
Desbordarse en lirismo la hispana fantasía
Que quiere, y sabe y puede cuanto es bello decir.

Conocerás de España guerras y desvaríos,
Cuanto nos hizo grandes y nos hizo caer;
Como Polonia, España tiene indomables bríos;
Pero España ama mucho y no sabe *querer*.

«Su voluntad se ha muerto una noche de luna»,
Se ha olvidado, cansada de triunfar y sufrir,
Que a los audaces sólo protege la Fortuna
Y que la vida vale la pena de vivir.

Recítame los versos de mi tierra distante,
Olivereto, el paje, y el monarca español,
Ellos dan a tu fuerza sutileza vibrante
Y por tu alma, al decirlos, pasa un rayo de sol.

Tenéis los sentimientos hondos e inexpresivos,
Pobres almas del Norte, y vivir es vibrar,
Un suspiro, una frase, los ecos fugitivos
A nosotros nos dicen más que vuestro callar.

Tus maestros, tus místicos proclaman el silencio,
Que es respeto en los jóvenes y en los viejos virtud;
A nosotros hispanos, del amor y del arte
Tan sólo la palabra nos da la plenitud.

Pues te gustan los versos de mi tierra distante,
Ufana mis poetas te vengo a presentar...
Y viene con nosotros el imberbe y galante,
Quevedesco, que audacias sabe, ameno, narrar.

La ciencia y el arte

Nada existe aislado en la naturaleza: mantenido por infinito número de hilos, todo se haya sostenido y sostiene a su vez el infinito número de cosas con que se encuentra en relación. Rota una sola ligadura se produce una catástrofe, esto es, una serie de movimientos y oscilaciones que miran a mantener el equilibrio roto, hasta que la fuerza creadora tiende un nuevo brazo que permite continuar los procesos vitales de conservación y evolución. La naturaleza es indivisa, y el espíritu, una de sus partes, conserva los caracteres del todo. Clasificaciones arbitrarias se han hecho y se harán para separar funciones que tienen un carácter distinto de las demás, pero que, como las olas del mar que se levantan y bajan produciendo burbujas en las crestas que se pierden luego en el líquido homogéneo, sin poderse distinguir las moléculas que formaban esas interminables y sucesivas cascadas de perlas, así también el espíritu ondula, efervesce, decae, se unifica y siempre es el mismo bajo distintos aspectos. Cómo es posible pues, que una producción del espíritu sea característicamente opuesta a las demás? Salen de un mismo *todo*, y si bien unas han vivido en las profundidades incoloras y tranquilas del mar del pensamiento, otras en las olas que se mueven blandas o furiosas y otras finalmente, son burbujas cristalinas que juegan y chocan entre sí, una misma materia las forma, la inteligencia; una misma fuerza las une, el sentimiento, y un mismo movimiento las arroja

o mantiene en el secreto: la voluntad.

Pretender, pues, hacer del cerebro un casillero, de la producción intelectual, un catálogo; y de las fuentes de inspiración un archivo, es empresa vana y ridícula.

El poeta y el hombre de ciencia, son inversamente hombre de ciencia y poeta. En la poesía hay ciencia y en la ciencia, poesía. En la música hay ciencia y en la ciencia hay ritmos y armonías. En dónde empieza la línea que divide ambas producciones? En qué versos, en qué líneas, la Divina Comedia, es ciencia y no arte y en cuáles otros es arte puro sin mezcla de ciencia? No hay por acaso ciencia en el conocimiento gramatical de la lengua que el poeta usa? No hay ciencia en el descubrimiento de las afinidades que ligan entre sí, las letras, las sílabas y palabras? No hay ciencia en observar la verdad del mundo externo aunque se refleje con mente de poeta?

Pero, no es sólo la pseudo-ciencia la que señala huellas en el arte. La ciencia madura, dogmatizada y rigurosamente formulada se entreteteje con todas las faces del pensamiento.

Ahora bien, quién domina a quién? El arte dirige a la ciencia o la ciencia dirige al arte?

El arte no está subordinado a la ciencia, pero la dependencia es estrecha.

La dependencia es de dos órdenes: material e intelectual; material, puesto que el arte necesita para exteriorizarse de la materia prima, cuya utilización y facilidad

de aplicación depende de los descubrimientos de orden científico y de los adelantos de la técnica; intelectual porque la mente que posee más ventanas abiertas sobre los mundos externo e interno, vé mayor número de bellezas, aumentando éstas en relación directa con los adelantos científicos. Ahora bien, esta influencia intelectual puede ser directa e indirecta.

La influencia directa se manifiesta por la preponderancia del razonamiento, del juicio, del análisis y síntesis, dominado todo por una tendencia netamente científica. La indirecta se refleja por las mismas funciones intelectuales, pero sin la tendencia científica. La primera es consciente, querida por el artista y da generalmente un pésimo resultado. La segunda es inconsciente, se mezcla con todos los factores que constituyen el medio ambiente del artista y constituyen una fuerza creadora.

Estas dos influencias, directa e indirecta, *consciente e inconsciente* se mezclan casi siempre y lo que caracteriza la obra, es la mayor o menor cantidad de una sobre otra.

El reflejo inconsciente, es inútil ilustrarlo; es tan evidente que se impone a la razón. La obra de arte no ha representado las cosas sino en el estado en que la ciencia se las entrega. Y salvo los casos de adivinación profética común en los poetas, el arte ha caminado al paso de la ciencia.

Basta recorrer la riquísima colección de primitivos alemanes, italianos, franceses de las galerías del Louvre, del Zwingle de Dresde, de la Altere Pinakotek de Múnchen, de la Galería degli Uffizzi de Florencia, para reconocer que la inspiración en el camino de la ver-

dad, no adelanta nunca la investigación científica.

La teología, la astronomía, la anatomía, la física, etc., según se reflejan en esos cuadros, apenas merecen el nombre de ciencias—y la inspiración se ve sofocada, empuñada, comprimida en la red convencional, fabricada por el hombre para explicar la organización del mundo físico y moral a su gusto e interés. Es el arte oprimido por la ignorancia que bate sus alas de cuando en cuando para remontarse, pero cuyos esfuerzos son vanos hasta que la libre investigación y explicación del mundo le abre los dominios de la verdad.

Y con la renovación de la ciencia en el Renacimiento, empieza el arte, libre de trabas, a ser grande, fecundo; a interpretar luminosamente las verdades eternas, las relaciones inquebrantables y las maravillas de la naturaleza al fin revelada.

Pero, como el velo que cubre todos esos misterios se corre antes que la técnica de las artes estuviera en el caso de poderlos interpretar, la inspiración está casi siempre en desacuerdo con la representación; la idea brilla luminosa e intensa y hace fuerzas para quebrar los moldes que la encierran, pugna por hallar los medios que la habiliten para ponerse en íntimo contacto con la belleza y estos medios tiene que tomarlos de la ciencia que se los brinda generosa. El arte de los Cranach Goujon, Metsys, van Outvater, Meemling, Van Eyck, Crivelli, Lippi, etc., reflejan el primer estado de la lucha entre el arte y la verdad revelada, entre la inspiración y la ciencia. Con Holbein, Dürer, Veronese, Tintoretto, Tiziano, Correggio, Rafael, Miguel Angel, Vin-

ci, tenemos el segundo momento en que la ciencia, cual poderoso reflector, al servicio del artista, ilumina las sombras, avanza los objetos y recula los horizontes; quiebra la bóveda de los cielos, y las estrellas y el sol radiante dejan bajo su luz de desempeñar el principal papel, desapareciendo casi por completo de las telas de los maestros.

Al lado de estas dos acciones, directa e indirecta; existen otras dos que llamaré positiva y negativa.

Positivamente influye, creando nuevos aspectos, nuevas orientaciones o tendencias, cuyo ejemplo más notable es el realismo y aún más, el realismo naturalista de la época moderna.

Y negativamente influye haciendo desaparecer géneros o maneras. Un ejemplo evidente nos da de la Sizeranne en «Le miroir de la vie» al demostrar el *por qué* de la desaparición del género llamado de batallas. Los medios de guerra modernos son antiestéticos, opacos, incoloros; el ruido tiende a desaparecer; la pólvora sin humo suprime la niebla poética que envolvía a los combatientes en las guerras de ayer. Los proyectiles, que provocan la rigidez cadavérica instantánea, han suprimido las bellas muertes, las hermosas agonías de los antiguos y ya no es dable representar el «gladiador moribundo» que enriquece las salas del Louvre.

Masas monstruosas, horribles, se mueven solas como por encantamiento, guarecidas tras enormes murallas, vestidos los soldados con horripilantes trajes; hasta el acero brillante ha desaparecido para dejar lugar al bruñido opaco que se desvanece en lontananza. Todo esto es feo, es informe, no es artístico y

la inspiración ya nada tiene que hacer en los campamentos.

Los caracteres del arte moderno son distintos de los del arte antiguo, casi diría que se oponen. A la idea simple, unitaria, que simboliza el arte clásico, se opone la multi-formidad del moderno. Uno, es el arte sencillo y despreocupado de la infancia, que persigue y acaricia una sola idea, un solo capricho aun no satisfecho, otro es el arte de la madurez, que solicitado por un sinnúmero de vías, de deseos e ideas, queda siempre descontento una vez la obra acabada. Es siempre en el segundo, el trabajo sin terminarse que pudo perfeccionarse, al que algo faltó para ser mejor.

Impenetrable, confundiéndose en Dios, creyeron el alma humana los antiguos y se abstuvieron de interpretarla; impenetrable también la cree el positivismo moderno; pero, empujado por el espíritu de observación y análisis que domina al siglo, el filósofo, el hombre de ciencia pura la desmenuzan, escudriñan y disecan, y el artista envuelto en la corriente general hace obra de filósofo y de hombre de ciencia.

El musgo, la piedra, el grano de arena, el agua, han empezado a vivir bajo el microscopio y ante los agentes químicos. La vida, para el biólogo moderno, como chispa eléctrica ha penetrado en todos los rincones del universo y ante esa nueva conquista de la ciencia, el arte no ha quedado indiferente. Ha querido ver la vida en el paisaje, en la montaña, en el mar y en la caverna. Pero no se ha contentado con darles la vida que el biólogo le asegura que tienen; junto con la vida les ha dado sentimientos, odios, pasiones, ideas y hasta voluntad. Y toda la escuela impresionista se desarrolla

en este ambiente antropomorfo.

El artista clásico ha glorificado a la naturaleza impulsado por el miedo; el moderno lo hace admirado de su grandiosidad; la ama, la comprende, entra en íntimo colloquio con ella; no la teme; sabe que si es a veces mala, no lo es por venganza y hasta en sus maldades la admira.

Ahora bien, no se ama más que aquello que se conoce, que no se teme. Y quién, sino la ciencia le ha abierto al artista el pasaje a la comprensión consciente y sabia de la naturaleza?

Y el amor que hacia las cosas despiertan la física, la química, la geología, etc., lo despierta hacia los animales la moral del positivismo y antes que ésta el culto por la naturaleza de Buffon y luego Rousseau. La psicología levanta aun más el pedestal en que la simpatía los había colocado y el arte inglés moderno sobre todo es insuperable en el arte de darles alma y con ellas sentimientos e ideas, sin necesidad de recordar animalistas que como Rosa Bonheur han descollado a tal altura que no es menester recordarlos, pues acuden solos a la mente cuando se trata de citar ejemplo del género que nos ocupa.

Si todas las afirmaciones que hasta ahora he formulado a favor de la influencia de la ciencia sobre el arte pueden ser contradichas con mayor o menor éxito, poniéndose en un punto de vista opuesto, creo que toda contradicción es imposible en el siglo XIX, cuya característica es indudablemente el «espíritu científico.»

En todas las artes se manifiesta su influencia, por medio, sobre todo, de una tendencia, que a veces se exagera, de encontrar y fijar la *verdad*.

El impresionismo en pintura, el wagnerismo en música, las escuelas de Rodin y Meunier en escultura y el realismo en literatura son sus más salientes formas.

El pintor desmenuza los colores del espectro en su paleta, estudia sus influencias sobre la retina, analiza las atmósferas del mediodía y del norte y llega a fusiones finales, al dominio de un color que la ciencia le ha revelado es el compañero inseparable de tal o cual estado sentimental o intelectual. Descubre armonías de vibraciones entre el sonido y el color y trata de componer sonatas beethovenianas u óperas wagnerianas. Y encuentra en el sonido el color y en el color el sonido.

El wagnerismo con la revolución que ha operado en la música sólo ha sido posible a raíz de un desarrollo decisivo de la acústica. Y la obra escultórica de Rodin y Meunier es obra de filósofo, de psicólogo y la del segundo es sobre todo la de un socialista ardiente y entusiasta, que estudia y analiza las miserias y angustias del trabajo con la maestría de un Marx o de un Bernstein.

El espíritu científico en literatura es tan poderoso que se sobrepone a todas las divergencias de escuelas y es el lazo que las une caracterizando la producción del siglo.

En *Mme. Bovary*, obra que exclusivamente tiende a la belleza, hay el deseo evidente de alcanzar «la majestad de la ley y la precisión de la ciencia», lo que se evidencia por el espíritu que la anima, por el deseo de alcanzar la verdad, y por el método empleado. Flaubert en su correspondencia (II serie 1850-54) escribe: «La literatura tomará cada vez más los caracteres de la ciencia;

será sobre todo *exponente*, lo que no quiere decir didáctica; hay que hacer cuadros, mostrando la realidad tal cual es, pero cuadros completos, pintando ambos lados».

La tendencia de Flaubert, sin embargo, hay que recordar, no es perseguir un fin científico, sino por el contrario pide ayuda a la ciencia para llegar a un más alto grado de precisión, exactitud y verdad, a fin de alcanzar la realización de la belleza.

Los hospitales y laboratorios constituyen el medio ambiente en que se mueve la obra de los hermanos Goncourt, a fin de hacer la historia moral de la sociedad que refleja el pesimismo resultante de las investigaciones del positivismo.

La *Introducción al estudio de la medicina experimental* de Claudio Bernard es el verdadero manifiesto de la *Novela experimental* de Zola, el cual declara que el novelista debe ser un observador y un experimentador. «El observador da los hechos tal cual los ha observado, da el punto de partida y establece el terreno sólido sobre el cual van a caminar los personajes y desarrollarse los fenómenos. Luego el experimentador aparece e inicia la experiencia, esto es, hace mover a los personajes en una historia particular para demostrar que la sucesión de los hechos será tal cual el determinismo de los hechos puestos en estudio lo exige. Continuamos con nuestras observaciones y experiencias la obra del fisiólogo que a su vez continúa la del físico y la del químico. Debemos operar sobre los caracteres, sobre las pasiones, sobre los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico operan sobre los cuerpos brutos, como el

fisiólogo opera sobre los cuerpos vivos».

Estas citas no requieren comentarios y son la más evidente prueba del acercamiento cada vez más preciso de la ciencia y de la literatura y así lo entiende Zola en la misma obra, al decir: «La novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo... sustituye al estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, el estudio del hombre natural sometido a las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio; es, en una palabra, la literatura que corresponde a nuestra época científica así como las literaturas clásica y romántica han correspondido a una edad de escolástica y teología».

Rosny ha ensanchado los límites del cuadro en que se movía su maestro, y muestra no sólo la relación del individuo con su medio, sino también la que le une con la humanidad, con el Cosmos entero. Tiene en la ciencia una fe absoluta, la adora como a una Religión y funda en ella la felicidad del porvenir.

Después de los grandes maestros, tenemos a los discípulos e imitadores que han querido seguir las huellas señaladas, aprovechando las tendencias del siglo en edificar obras en que el interés principal resulta de alguna anomalía o perversión sexual.

Y sin detenernos en Verne y en Flammarion que confunden el fin con el medio, tenemos aun en la misma corriente a Bourget, Ohnet, Feuillet, Maupassant, Gyp, Daudet, etc., que han sufrido más o menos artísticamente la influencia de las corrientes científicas dominantes.

En poesía, a la inquietud vaga de los románticos ha sucedido una melancolía darwinista: la obra de Le-

conte de Lisle traduce este estado filosófico de los espíritus y es obra de erudito al mismo tiempo que de poeta.

A Sully-Prudhomme lo que más le conmueve son las antinomias a que llega la ciencia humana en sus últimos límites con los postulados de la voz interna. Una afirma la justicia, la otra la niega. Nuestro espíritu reclama la inmortalidad y la ciencia demuestra que la inmortalidad es sólo de la materia. Estas contradicciones lo llenan de duda, de vacilaciones; no quiere someterse a los dictámenes de la ciencia y reconoce sin embargo que llevan el sello de la evidencia.

La filosofía, la cosmogonía, la biología, la historia y la prehistoria son las ciencias que mayor contingente han prestado a los poetas; sin embargo, este contacto, salvo casos excepcionales, no ha sido feliz y sólo ha marcado un grado de degeneración en la inspiración poética.

Augier y Dumas en el teatro no han escapado a la tendencia general que se ha manifestado en este género por una verdadera preocupación de la verdad en la «mise en scene», caracteres, indumentaria, etc. Se han empeñado en dar al

teatro «trozos de la vida», pero se llegó a cuidar tanto de la verdad fisiológica que, dándose al olvido la psicología, se bastardeó la verdad científica que tan rigurosamente pretendían seguir.

En Becque ha influido el determinismo científico, casi diré mecánico, y sus personajes llegan a moverse en una forma automática y desempeñan simples funciones psico-fisiológicas.

En Pailleron, Ohnet, Sardou, Maupassant, hay numerosos sabios que desempeñan el principal papel, con menoscabo, es cierto, aunque no hayan pretendido hacerlo, de la dignidad de la ciencia.

La consecuencia de este consorcio íntimo de la ciencia con el arte tiene por resultado hacerlo cada vez más abstracto, más elevado, más difícil de entender, más sutil y menos accesible a todas las inteligencias. El arte no se socializa, por el contrario, tiende a una aristocratización cada vez más evidente y creo que llegará un momento en que la influencia de la ciencia sobre él será tan fuerte y extensa que el arte será el privilegio de la aristocracia intelectual.

CLOTILDE GUILLÉN ¹

El idealismo y la realidad

Creo que se ha entendido muy al pie de la letra el sublime pensamiento de Calderón cuando dice que *la vida es sueño*. Lo que el egregio poeta quiso hacernos comprender en el más admirable de sus dramas, fué, por el contrario, que la vida es toda realidad, hasta nues-

tros sueños más inverosímiles; pero realidad que pasa y se desvanece como el humo, no sin llenar antes el fin que le corresponde en lo creado, en la perpetua tarea de nacimiento y muerte, que no es otra

¹ Escritora argentina.

cosa que la constante y perenne renovación de la vida.

Por eso es bello y fecundo soñar, soñar despiertos, para que el mundo se llene de grandezas, como se ha venido llenando con el correr de los años, convertidas en hechos las visiones de los grandes soñadores.

El idealismo es el alma de la realidad, y cuanto nuestra mente concibe es susceptible de encarnarse y entrar a formar parte del conjunto palpable de las cosas; y si todos los sueños de las mentes pensadoras no se han realizado aún, es porque a muchos de ellos no les ha llegado todavía la hora propicia de su encarnación. Así lo demuestran las aplicaciones científicas, que hoy son para nosotros de la mayor sencillez y claridad, y cuya sola concepción habría parecido en los tiempos pasados un acto de locura o de herejía.

Por consiguiente, es útil y bello soñar, pero disciplinando previamente nuestro espíritu para que se acostumbre a los sueños de fuerza, de valor, de belleza y de cuantas ideas análogas concurren a hacer fructuosa nuestra marcha por el mundo. Soñar así es alejar de nosotros los goces superficiales, los placeres enervantes, las inclinaciones estériles, y hacer que no sean el desaliento y la tristeza sino la confianza y la alegría los huéspedes de nuestro corazón.

Hay, sin embargo, otros ensueños que son dignos también de nuestro espíritu: aquellos que nos trasportan deliciosamente a las alturas de lo infinito, y hacen vagar nuestro pensamiento por las regiones de lo inaccesible. Estos ensueños son necesarios para que el espíritu conserve su original pureza, y le sirvan como de fuente saludable,

que acreciente el caudal de su dicha en las horas de alegría, y le dé el vigor de la esperanza en los momentos amargos de la desgracia. No atemos las alas de nuestro pensamiento a la roca de la tierra. Démosle la libertad de que la Naturaleza nos ofrece en todas sus manifestaciones un bello ejemplo.

El viento sopla a su antojo, ya convertido en brisa suavísima, ya en huracán que azota; el sol calienta, quema, da vida, da muerte, y a nadie pide su parecer. La lluvia cae a torrentes para destruir los sembrados y arrastrar con cuanto encuentre a su paso; o suavemente para fertilizar los campos, y el universo entero respeta y calla. El ave vuela, canta y hasta nos irrita con sus lamentos. La abeja roba a las flores el néctar; el mosquito nos fastidia, hiere nuestra piel, y sin embargo, nada podemos, porque todo en la naturaleza goza de completa libertad.

Luego, si todo tiende a ese fin, nosotros delirantes imitadores de la Naturaleza, por qué, hemos de tiranizar nuestro pensamiento, de alas más poderosas que todas las aves del cielo, de más fluidez que el mismo viento, más bello que las flores, más risueño que todos los cariños, más dulce que el canto de los pájaros, más perfumado que la brisa que baja de las montañas?

No, es menester que de tiempo en tiempo dejemos nuestro espíritu volar por los infinitos espacios, atravesar las nubes y llegar hasta el excelso trono de Dios. Dejemos que el alma se transporte a las celestes esferas, henchidas de bienestar y de pureza; allí donde el mal no puede penetrar, donde la virtud tiene su trono y se desconocen las miserias del vicio.

Cuando con nuestro pensamiento ascendemos a esas regiones, olvidamos que somos de la tierra; no aspiramos los miasmas y pestilencias que son amenudo huéspedes de las moradas de los hombres.

Esos instantes en que el espíritu parece abandonar el cuerpo para ir en busca de delicias supremas, los necesitamos como un refrigerio en las fatigas de la vida. Esos *Castillos en el aire* que forma no sólo la juventud, sino también la edad madura, son la esperanza que alienta y que conforta, que ilumina de bellísimos colores el sendero escabroso de la existencia. Es el relámpago que ilumina un segundo en el seno de las tinieblas, para que vea-

mos que aún lo más oscuro puede tener un instante luminoso.

Sofemos, pues, y en alas del pensamiento tejamos finísimos encajes, en aquellos espacios tan queridos; enhebreemos las dulces impresiones que recibamos, y cuando llegue el momento de sentirnos de nuevo enmedio de las realidades del mundo, hallaremos trocada la impotencia por el grandioso poder, el sufrimiento por el gozo; sentiremos el placer de la paz donde antes hubo desasociego; el de la abundancia donde antes vivía la miseria y el de la luz donde habitaba la ignorancia.

ANGELA ACUÑA

Niños y corderos

En los diferentes y vivos rumores que forman el *rum-rum* de los mercados domingueros, sobresale en ciertos meses del año la nota tierna y conmovedora de unos balidos quejosos y suaves, que a veces parecen llanto de criaturitas, a veces semejan los balbucientes acentos con que los niños llaman «mamá!» gimiendo por los halagos maternales.

Pero los que lloran y llaman son los corderitos nuevos, que, amontonados en cestas y serones, tiemblan de miedo bajo sus lanas ensortijadas!

Pára la compradora regateando la alborotada mercancía, y alza en peso éste o el otro asustado corderillo; se conviene el precio en pintoresca discusión, y sujeto por las patas va uno de esos lindos animales en manos de su dueña, calle arriba o calle abajo, hasta llegar a

su casa donde probablemente se convertirá en regalo y alegría de unos cuantos hermanitos, porque, en qué casa no cae la bendición de Dios en forma de niños juguetones, y qué niños no desean tener un precioso cordero?

Todos recordamos con delicia aquellas horas de la niñez en que hemos acariciado en nuestros brazos uno de estos rumiantes, blanco o canelo, temblón y quejoso, cuyas suaves lanitas hemos besado con ternura, mientras una voz amorosa nos iba diciendo:

— Quiérello mucho, pobrecito!
Ves como llora por su madre?

* * *

Lin es un gracioso muñeco de seis años, dueño y señor de un corazoncito generoso y noble, y a este

Lin, bueno y pacífico, le compró su madre el invierno pasado un cordero muy bonito.

Por aquel tiempo habían premiado al niño en el colegio con una estampa, «de las de puntilla», en cuyo centro brillaba un cordero rodeado de flores, y Sor María, la dulce parvulista, le había explicado la mística alegría de aquella cándida figura.

Por eso cuando Lin tuvo en su poder un corderito vivo y hermoso, no pudo menos de acariciarle con cierto cariño sagrado, algo semejante al respeto con que solía posar sus labios bermejos en la primorosa estampita calada; y en sus anales infantiles harán época las memorias de aquellos breves días, en que el niño vivió casi abrazado al manso cordero de lanas rizosas.

Desde la primera noche le acomodó Lin muy abrigadito y mimado en un rincón cercano a su dormitorio, pero toda su solicitud no pudo evitar que el animalito desvelase a la familia con sus balidos lastimeros, y como a la mañana siguiente el padre de Lin protestase con enojo de cuánto le había molestado aquel constante lloriqueo, hubo el niño de preocuparse seriamente con la idea de si a su padre le serían necesarias algunas lecciones de Sor María, a propósito del amor que debemos a la inocencia y a la humildad simbolizadas en los corderitos.

Pasados algunos días, el cordero de Lin tuvo un nombre brillante y sonoro, con sus puntas de emblema divino: se llamó Sol.

Y tuvo lazos y cascabeles para su adorno; y para su regalo tuvo pedacines de pan fresco y yerbecitas tiernas mezcladas con las primeras flores de la primavera.

El niño mesaba cariñosamente las blancas lanitas del cordero, y le llevaba a pasear por el campo, y cuidándole, le hablaba tiernas palabras cariñosas.

Parecía el animalito la sombra de Lin. A todas partes le seguía y suavemente le llamaba, y con monísimos retozos y graciosos escarceos, parecía corresponder a las placenteras atenciones del muchacho, que los animales brutos, por regla general son agradecidos, y suelen dejar para el hombre la ingratitud que es—como dice Argensola—«el arte de reunir muchos vicios en uno solo».

Pero Lin no había llegado a la responsable y triste categoría de hombre; era un bello ángel que no merecía el dolor que le proporcionaron en aquel Sábado Santo inolvidable, en que *Sol* no salió a recibirle a la puerta de la casa, y, llamándole el niño, hubo quien le respondió burlonamente, mostrándole la piel del corderito clavada en el balcón, y al propio *Sol* hecho pedazos y adobado en una gran cazuela...

Lloró Lin sus primeras lágrimas amargas sobre el fresco puñado de flores que traía del campo para su querido cordero; y fué su pena tan intensa por la muerte del animalito, fué tan profunda su repugnancia ante aquel asesinato para él inexplicable, que su madre sintió verdadero arrepentimiento de no haberle engañado con una de esas pías mentiras que calman y suavizan dulcemente los pesares de la infancia.

Ese sumiso y amable animal doméstico, al cual, como a ningún otro, se apegan los niños con afecto singular, puede faltar de nuestra casa porque «se haya escapado donde

su madre, a *pacer o triscar por esas campiñas de Dios*» o por que «*el niño Jesús se le ha llevado al cielo por una temporada*», pero nunca, jamás, porque lo hemos matado para comerlo tranquilamente como plato exquisito. ¡Oh, no! Dejemos que lleguen a nuestros hijos las crueldades de la vida con la mayor lentitud posible, y apartemos de ellas piadosamente sus inocentes corazones...

* * *

En vano pretendieron calmar el duelo de Lin con tardíos engaños y con ineficaces promesas.

Le dijeron que el día de Pascua era obligatorio comer cordero en todas las casas, y que en cumplimiento de este deber se había sacrificado al pobre *Sol*.

Al niño no se le borraba, no se le borraría acaso nunca, la impresión espantosa que le produjo ver goteando la sangre de su cordero, y ver su rizosa piel extendida, como abriéndole los brazos en demanda de compasión!

Cada vez que Lin recuerda estos detalles de su trágica sorpresa, un apenado suspiro se ahoga en su pechito generoso.

Cuando en los mercados dominigueros volvieron a oírse los balidos quejosos, Lin rondó con ansioso interés los puestos de venta, contemplando con honda lástima los temblones corderitos. Y como su madre le preguntase el último domingo: quieres, Lin, que te compre uno?, le interrumpió el muchacho con angustia: y este año, madre, también se «celebra» la Pascua?...

CONCHA ESPINA DE LA SERNA

La cizaña entre dos cantares

Tengo, tengo, tengo.
tú no tienes nada,
tengo tres ovejas
en una cabaña...

Cantan así unas niñas jugando al corro en el jardín de un Colegio de Hermanas de la Caridad, jardín sombreado por unos árboles tan atrevidos que casi están metiendo sus ramas en mi cuarto de trabajo.

La canción es lenta, suave, con esos dejos largos y melancólicos, propios de la música norteña.

Y aun se diría que este inocente cántico infantil había nacido aquí mismo, en uno de estos invernales montañeses donde hay niños que

pastorean con sus ovejas breñas arriba, despacito, atristados; tal vez inventando una dulce cancioncilla!...

Estas niñas, que andan a la rueda lentamente, moviendo los braccitos enlazados, al compás de su canción, son unas burguesitas modestas que visten unos delantales de percal claro, plegados sin adornos sobre un gracioso canesú; y calzan zapatitos blancos de lona; y llevan el cabello cortado a lo paje, al ras de las orejitas, retirado de la frente con un lazo chiquitín.

Son unas niñas alegres y buenas; bien educadas, candorosas.

No es hora de clase, pero las madres prudentes han dicho a las pequeñas que vayan a jugar al jardín de las Hermanas, porque allí estarán a la sombra recogiditas, y muy a gusto para divertirse sin los peligros de la calle.

Y ahora han llegado en su cantar a un estribillo un poco triste que dice:—Palomita blanca de Mayo,—llévame de aquí—llévame a mi pueblo—donde yo nací...

Aunque las niñas no han nacido en otro pueblo, me parece a mí que tiemblan con alguna pena sus vocecillas en esta suspirante rima de la palomita blanca...

De pronto se deshace la rueda y hay un revoloteo de falditas agitadas y de piececillos saltadores.

Una Hermana asoma cuidadosa su toca blanca entre los arbustos, y una niña forastera entra triunfante en el jardín, cerrando la verja con un portazo.

—Qué feo cantan!—dice a guisa de saludo—y qué aldeano, hijas...

—Feo?—protesta una morena de ojos gitanos, muy despierta y simpática;—feo! ya quisieras tú saberlo...

—Ni falta; cosas de ovejas y de cabañas... qué ordinariez!

—Pero es que no sabes lo que sigue:—una me da leche, —otra me da lana, —otra mantequilla—para la semana.

—Ay! qué cara han puesto de golosa con eso de la mantequilla!

Pues sí; es feo y ordinario.

La gitanilla se queda un poco confusa al ver que las otras niñas no defienden el cantar y que rodean todas a la forastera con cierta admiración respetuosa.

Es que esta niña, que ha deshecho el corro al entrar sin ser llamada, viene vestida con mucho lujo y

gasta botas preciosas de taflete y largas melenas rizadas con tenacilla; trae en las manos sortijas y abanico, y pendiente del cuello una hermosa cadena con medallas; lleva pulseras, lleva sombrero. Es madrileña y ha venido a pasar el verano.

—Yo sé cantares de moda—dice.—Queréis que os enseñe uno?

—Bueno—contestan las provincianitas con cierta timidez, y miran a ver si ronda por allí alguna Hermana.

—Este es el más bonito—dice la madrileña.

—En el salón del Prado—no se puede jugar—porque hay niños que gozan—en venir a estorbar.—Consu cigarro puro—vienen a presumir...

—Oye, pero en Madrid fuman los niños?—pregunta una.

—No, tonta, si no son niños... del todo; son algo mayores, y quieren ser nuestros novios, sabes?

La preguntona se pone muy colorada.

—Y jugáis en el salón?—dice otra.

—Le llamamos salón, pero es un jardín; un jardín precioso!

—Será como éste...

—Ay qué risa, como éste! Si le vieráis! Allí hay mucho lujo, hijas; *se viste* de otra manera...

Y las mira desdeñosamente, desde los zapatos de lona hasta el lazo chiquitín del pelo.

Ellas están, las pobres, algo cortadas, algo pesarosas dentro de sus delantalillos de percal.

Y entonces la mayor dice: Vamos a jugar a otra cosa; a la rueda no, porque «ésta» no sabe nuestros cantares, ni nosotros los suyos.

Quieren «jugar a las flores». Cada una tomará el nombre de una flor; se sorteará el cargo de jardinera; después empezará la combinación de un ramo...

—Yo, rosa.

—Yo, violeta.

—Yo, jazmín.

—Y yo?—consulta la forastera con displicencia—No sé qué escoger!

—Tú?—dice la gitanilla—; tú... cizaña.

—Vaya, eso no es una flor.

—Pero es una yerba del campo.

—Sí, una yerba mala!

—Y qué?—arguye la pequeña muy plantada, desafiando con valentía las miradas de reconvencción con que las otras parecen amonestarla por su imprudencia...

Otra vez blanquea una toca entre el bosque, y esta Hermana, que guarda discretamente a sus discípulas, está pensando que entre sus niñas amadas aquella forastera, orgullosa y mal criada, es, en efecto, la cizaña que se ha metido entre las flores.

Piensa también esta buena Hermana, que aquella intrusa no es maliciosa, ni está desposeída de candor, porque viva en la Corte, porque sea rica, porque se precie de aristócrata, sino porque tiene una madre fatua y torpe que no ha cultivado su corazoncito, y ha dejado, con imperdurable abandono, que, em-

pobrecido ese precioso terreno que es el mejor tesoro de las madres, florezca la cizaña de las malas pasiones, donde debían robustecerse, al calor de una buena educación, los brotes purísimos de la inocencia.

Se ha nublado la alegría de la Hermana con estas consideraciones, y después ha sonreído con un poco de egoísmo, pensando que aquella niña necia no es planta que arraiga en su cuidado jardín.

No; indignada y furiosa, ya se marcha dando otro portazo.

Y las niñas del colegio se han quedado sin rueda y sin cantar, entristecidas con la vaga visión de algo incitante que las hace suspirar.

La gitanilla es la única que sonríe satisfecha de su venganza; pues que, no había venido aquella presumida a matar con su desdén y con sus burlas la preciosa canción de las tres ovejitas y la palomita blanca?...

Y como todavía se oye el mentado taconeo de las elegantes botas de tafilete que se alejan a lo largo de la tapia, la niña se ha puesto a cantar con su vocecilla insinuante y melodiosa:—Tengo, tengo, tengo—tú no tienes nada...

CONCHA ESPINA DE LA SERNA

Volúmen I

CORDELIA

PUBLICACIÓN MENSUAL

SUMARIO

Núms. 6-7

CONCHA ESPINA DE LA SERNA (con tetrato)	<i>Carmen Karr</i>
MÁS ALLÁ DEL MISTERIO	<i>María Plattis</i>
CELOS	<i>Mercedes de Flores</i>
UN VENCIDO	<i>Emma de Llanos</i>
NIEVES ETERNAS. LA VIDA ES CORTA. CONFIDENCIA	<i>Dulce M. Borrero</i>
MUJERES IDEALES: REBECA-FELICIA	<i>La Dirección</i>
VERSOS	<i>Sofía Casanova</i>
LA CIENCIA Y EL ARTE	<i>Clotilde Guillén</i>
EL IDEALISMO Y LA REALIDAD	<i>Angela Acaña</i>
NIÑOS Y CORDEROS	<i>Concha Espina</i>
LA CIZAÑA ENTRE DOS CANTARES	<i>Concha Espina</i>